

tas manifestaciones de los arzobispos de París y de Ruan: también entabló negociaciones con la Santa Sede para llegar á una solución conciliadora. Sin embargo, las polémicas de los periódicos clericales alentaron la resistencia de las congregaciones, que no parecieron dispuestas sino á hacer ciertas protestas platónicas de obediencia que, como luego se supo, habían sido ofrecidas en su nombre. La mayoría de los ministros estimó que la ejecución del decreto no debía sufrir nuevos aplazamientos, y que era preciso cortar las negociaciones seguidas con el Vaticano, por inútiles y humillantes. Freycinet fué de opinión contraria, y dimitió, siendo reemplazado por Julio Ferry. Las congregaciones no autorizadas fueron disueltas á viva fuerza. No obstante, después se reconstituyeron, y á poco, se reprodujo el pasado conflicto. Con la ley votada recientemente, ha querido ponerse término. No es fácil, empero, que esto se consiga: en ningún país de Europa, y en los católicos menos, ceja el clericalismo en sus constantes propósitos de sobreponerse al Estado y someter la sociedad entera á su imperio. Hoy mismo, el problema mal llamado religioso, porque no afecta á las creencias, sino á las relaciones de la Iglesia y sus institutos con el poder civil, está planteado en nuestra patria, y reviste caracteres sumamente graves.



CAPÍTULO VIGÉSIMO-PRIMERO

Inglaterra en Egipto y Francia en el Tonkin.—Gladstone, Parnell y los conservadores.—La insurrección de Bulgaria.

El fin del capítulo décimo-noveno vimos como, en mil ochocientos ochenta y tres, Bismarck había, con la triple alianza, establecido en el centro de Europa un campo atrincherado, capaz de tener á raya á las demás grandes potencias. No le bastó esto, sin embargo, y se propuso aflojar ó romper los lazos con cuyo auxilio podía Francia asociar su política á la de Inglaterra, por una parte, y á la de Rusia, por la otra. Las circunstancias favorecieron sin duda al canciller, pero debe reconocerse que supo sacar partido de ellas con arte insuperable.

La inteligencia anglo-francesa no era ya tan cordial como al comenzar el año de mil ochocientos ochenta y uno, por efecto de las vacilaciones y timidez que el gobierno de la República había mostrado en las últimas negociaciones relativas á Grecia. Francia, vivo aún el recuerdo de sus desastres, parecía huir sistemáticamente de mezclarse en asuntos internacionales, temerosa de que le trajesen alguna complicación funesta, y en vano pugnaba Gambetta por hacerle recobrar el lugar que le correspondía en la diplomacia europea. Gladstone estaba ya poco satisfecho de ella cuando se produjo el incidente tunecino, que aumentó su frialdad. El gabinete de Londres no podía oponerse á la expansión territorial de la República; pero juzgó prudente buscar ventajas y compensaciones en la misma Africa. Egipto provocaba su codicia hacía largo tiempo, y no resistió más á la tentación. Ejercía en dicho país, con Francia, desde mil ochocientos setenta y

ocho, á título de intervención económica, una especie de condominio, á que el jefe Ismail quiso sustraerse en mil ochocientos setenta y nueve. Depuesto este príncipe, su sucesor, Tewfik-Bajá, dejó formarse con sus debilidades y condescendencias un partido fuerte y atrevido, que tomó el lema de *Egipto para los egipcios*, y á cuyo frente se puso el ambicioso *Arabi-Bey*, ministro de la Guerra. La autoridad del jefe quedó realmente anulada. Gambetta, que acababa de encargarse del gobierno, formando el que se llamó *gran ministerio*, hubiese deseado que las dos potencias, Francia e Inglaterra, intervinieran colectivamente para restablecerla; mas una coalición parlamentaria le derribó del poder el veintiséis de Enero de mil ochocientos ochenta y dos. Su sucesor, Freycinet, siguió una política tan llena de incertidumbres y perplejidades, que nadie vió claro en los asuntos de Egipto. Arabi-Bey excitó al populacho de Alejandría contra los cristianos ricos, en quienes hicieron las turbas horrorosa matanza el once de Junio, en la plaza de los cónsules y en el propio barrio de los Francos. Dicese que fueron asesinadas como unas trescientas cincuenta personas, mientras las escuadras francesa é inglesa, unidas para verificar una demostración naval, permanecían inactivas en el puerto. Como ni Francia ni la Puerta se decidieran á hacer nada para sofocar tales desórdenes, ni los embajadores de las grandes potencias, reunidos en Constantinopla, adoptaran ninguna resolución eficaz en la conferencia que celebraron, Inglaterra se determinó á obrar por su propia cuenta. Así, viendo que Arabi comenzaba á ejecutar obras de defensa y reparación en el puerto y fuertes de Alejandría, el almirante inglés, lord Seymour, le previno que las suspendiese, bajo la amenaza de tomar en caso negativo medidas rigurosas, y no siendo atendida su advertencia, el once de Julio, mientras la escuadra francesa se alejaba en dirección á Puerto-Said, la británica abrió el fuego contra Alejandría, destruyendo los fuertes y reduciendo á escombros la parte más hermosa de la ciudad. Arabi izó bandera blanca, retirándose con sus tropas á Kafr-el-Duar. El jefe se puso bajo la protección de los ingleses, separándose con este acto de Arabi, cuya destitución, como ministro de la Guerra, decretó. Arabi, en cambio, declaró traidor á Tewfik, proclamóse jefe de Egipto, en lugar del sultán, y anunció que se preparaba á marchar sobre Alejandría, para reunirse después «con sus hermanos mahometanos de Constantinopla y destruir á todos sus enemigos, creyentes ó infieles». Entretanto, desembarcó en Puerto-Said un ejército inglés, al mando del general Wolseley, el cual ocupó los establecimientos de la Compañía de Suez é interrumpió durante unos días la navegación del canal, á pesar de las protestas de Lesseps: enseguida, avanzó hacia El Cairo. Obligado Arabi á salir de la posesión inexpugnable que había elegido cerca de Kafr-el-Duar, marchó contra Wolseley hasta Tel-el-Kebir, donde se fortificó. En este campamento intentó en vano dos asaltos contra los ingleses, el trece de Septiembre por la noche. Atacado á su vez por sus contrarios el catorce, al amanecer, sus soldados huyeron sin oponer resistencia.

Arabi se refugió en El Cairo, donde fué hecho prisionero por la caballería inglesa. No hubo necesidad de más para ahogar la sublevación. El jefe volvió á empuñar las riendas de su gobierno; mas, en lo sucesivo, la situación de Egipto no se diferenció esencialmente de la de una provincia británica. Un consejo de guerra condenó á muerte á Arabi; sin embargo, el jefe, es decir, Inglaterra, le conmutó la pena por la de destierro en la isla de Ceilán. El gobierno francés pidió el restablecimiento del condominio en Egipto; pero el gabinete de Londres le contestó con un *no ha lugar* absoluto. Las relaciones de Francia é Inglaterra fueron muy frías, á partir de mil ochocientos ochenta y tres. Los ingleses ni evacuaron á Egipto, ni consintieron en reconocer sus antiguas ventajas á Francia, la cual, por su parte, se manifestó poco dispuesta á acudir en auxilio de la Gran Bretaña cuando, en mil ochocientos ochenta y tres y mil ochocientos ochenta y cuatro, los ingleses se encontraron enfrente de gravísimas dificultades en la región del Nilo. Fué esta la época en que Mahomed-Ahmed, llamado El Mahdí, obtuvo importantes victorias en las comarcas del alto Nilo y en Nubia, fundando un vasto imperio, que le sobrevivió. La conferencia de Londres, celebrada en Junio de mil ochocientos ochenta y cuatro, sólo sirvió para evidenciar el desacuerdo de las dos potencias.

Por otra parte, el disentimiento entre las dos naciones crecía y se avivaba de cada vez más, por la política colonial que acababa de inaugurar en Francia el ministerio Ferry. La república occidental, no contenta con haberse apoderado de Túnez, ponía su planta en Madagascar y emprendía la conquista del Tonkín, á pesar de las protestas de China, teniendo necesidad de burlar las maniobras y de combatir la sorda hostilidad de Inglaterra. En cambio, Alemania la alentaba y aún favorecía; pues Bismarck, muy satisfecho de verla enemistarse ó poco menos con Inglaterra, como ya lo estaba con Italia, no se curaba de atajarle el paso en lejanas expediciones que, sin hacerle olvidar la Alsacia-Lorena, la obligaban á no pensar por de pronto en el desquite. Conveníale, además, al canciller germánico, que en este tiempo comenzaba á dotar al imperio de colonias, no tropezar con la malquerencia de Francia en sus empresas ultramarinas, tanto que, merced al acuerdo de los dos Estados, pudo, como veremos en otro capítulo, celebrarse la conferencia de Berlín, en Noviembre de mil ochocientos ochenta y cuatro á Febrero de mil ochocientos ochenta y cinco, en donde, prescindiendo de los importantes repartos de territorios que se hicieron, se proclamó la libertad de navegación en los ríos Congo y Níger y se establecieron, en punto á colonización, nuevos principios de derecho público internacional. Mientras el gobierno alemán anudaba estas relaciones benévolas con su enemigo de mil ochocientos setenta, realizaba otro milagro casi tan grande haciendo que Rusia volviese á acercarse á él, no obstante manar aún sangre la herida que Bismarck había inferido al orgullo moscovita en mil ochocientos setenta y ocho. Alejandro III estaba acosado constantemente por el fantasma del nihilismo, y el miedo á la revolución se

sobreponía en él á cualquier otro sentimiento. Ahora bien; la revolución no tenía enemigo más formidable que el canciller de hierro; ninguno se juzgaba tan fuerte como él para sujetarla, y nadie podía desencadenarla tan fácilmente sobre Europa. Bismarck así lo repetía sin cesar, y así logró hacerlo creer en San Petersburgo. Por esta razón, el nuevo Czar, que en el fondo de su alma le detestaba, había ido á rendirle homenaje en Dantzick en mil ochocientos ochenta y uno; desautorizó en mil ochocientos ochenta y dos las diatribas antigermánicas de Skobelev; su canciller Giers, sucesor de Gortchakoff, iba á dar personalmente seguridades á los miembros de la triple alianza, en nombre y por encargo de su soberano, acerca de las intenciones pacíficas de Rusia, y él mismo, en mil ochocientos ochenta y cuatro, recibía en Skierniweze la visita de los emperadores Guillermo y Francisco José, como si quisiese reanudar la Santa Alianza y no pensase sino en vivir en la mejor inteligencia con sus vecinos, para ahuyentar, de acuerdo con ellos, el peligro revolucionario.

De esta manera, al comenzar el año de mil ochocientos ochenta y cinco, podía decirse que Bismarck era árbitro casi absoluto de los destinos de Europa, gracias á la triple alianza, por una parte, y á las disposiciones particulares de Inglaterra, Rusia y Prusia, por otra. No había, al parecer, ningún temor de que la paz corriera riesgo de turbarse, cuando tres acontecimientos, ocurridos en el transcurso de dicho año, Marzo, Junio y Septiembre, la comprometieron gravemente, no calmándose en bastante tiempo la alarma é inquietud que despertaron. Nos referimos á la caída del gabinete Ferry, en Francia, á la del de Gladstone, en Inglaterra, y á la revolución de Bulgaria.

Ya hemos dicho que la República francesa, no contenta con reivindicar á viva fuerza sus antiguos derechos en Madagascar, había emprendido la conquista del Tonkín. Por virtud de un tratado que celebrara en mil ochocientos setenta y cuatro con el emperador de Annam, Francia adquirió ciertos derechos en el Tonkín; pero, desde dicha fecha hasta mil ochocientos setenta y nueve, el gobierno no había prestado la menor atención á este asunto. En mil ochocientos ochenta, Freycinet mostróse menos olvidadizo de los intereses de su patria en aquellas distantes regiones, mas no así el ministro de Negocios Extranjeros que le sucedió, Bartelemy Saint-Hilaire, el cual hubo de recaer en la indiferencia de los años anteriores. No se escapó á la penetrante mirada de Gambetta la importancia que tenían para Francia las cuestiones pendientes en la Indo-China, ni ocultóse á Duclerc, que había proyectado, con el almirante Jaurebiguerry, el envío de considerables refuerzos al Tonkín, donde el almirante Riviere resistía á la vez, con un puñado de hombres, á los mandarines annamitas, á los piratas designados con el nombre de Pabellones Negros ó Rojos, y á los chinos, alistados en las tropas annamitas ó en las bandas de los Pabellones. Al hacerse cargo Julio Ferry por segunda vez de la presidencia del gabinete, el veinticuatro de Febrero de mil ochocientos ochenta y tres, la situación de

Riviere era casi desesperada. Mandarines y Pabellones cerraban al comandante francés el río Roja y le sitiaban en Hanoi. El gobierno esperaba, con todo, resolver la cuestión diplomáticamente, cuando le sorprendió la noticia de la catástrofe ocurrida el diez y nueve de Mayo.

Riviere, después de verificar una expedición afortunada á Nam Dinh, había regresado el dos de Abril á Hanoi, en donde gozó de relativa tranquilidad hasta primeros de Mayo; pero, desde el nueve de este mes, el círculo de Pabellones Negros parece estrecharse y espesarse en torno de la plaza, de manera que Riviere se decide á forzarlo, preparando el día diez y ocho por la noche una salida, que efectúa el siguiente al amanecer. Los franceses avanzan como unos cuatro kilómetros al Noroeste de Hanoi, siendo de pronto rodeados por enemigos invisibles, que los acribillan á balazos, y aunque logran emplazar un cañón, sus contrarios se acercan, les envuelven y obligan á retroceder. El comandante y tres oficiales sucumben en la refriega. Con las nuevas de este desastre, llegó á París la de haber abandonado el representante de la República la capital de Hannam. Despertóse el patriotismo. El gobierno tenía pedidos créditos para la expedición del Tonkín, que estaban pendientes de aprobación en la Cámara de diputados: los votó ésta por unanimidad, y se enviaron refuerzos á Hanoi.

Dos meses pasaron aún, desde el diez y nueve de Mayo, sin que ocurrieran nuevos incidentes. Interrogado en el parlamento, Challemel-Lacour, ministro de Negocios Extranjeros, reconoció con franqueza que Francia hacía realmente la guerra al imperio de Annam y á sus soldados los Pabellones Negros; sin embargo, no dijo si se trataba de una campaña formal ó de una simple operación de policía. Realmente, la incertidumbre del gobierno era muy grande, y estaba mantenida por las notas contradictorias que recibía del marqués de T'Seng, embajador del Celeste Imperio en París. El nueve de Mayo, el diplomático chino manifestaba á Challemel-Lacour que su soberano, del que era vasallo el emperador de Hannam, no podía contemplar con indiferencia los sucesos que se desarrollaban en este país y en el Tonkín, y el veintiuno afirmaba que no había tropas regulares chinas en el lugar de los acontecimientos. Después, interrumpió sus comunicaciones, no reanudándolas hasta el dos de Agosto, para pedir un armisticio, luego de saberse en París que el coronel Badems había hecho con feliz éxito una salida á Nam-Dinh, el diez y nueve de Julio. El ocho de Agosto, confesó la presencia de tropas chinas en el Tonkín, y el diez y ocho, entregó á Challemel-Lacour un *memorandum*, reclamando la evacuación del Tonkín por los franceses. La ingerencia de China había inspirado al gobierno de la República enérgicas resoluciones, de modo que, el diez y ocho de Agosto, el mismo día de la entrega del *memorandum*, el almirante Courbet presentábase á la entrada del río de Hué, mandando una escuadra poderosa; el veinte, desembarcó tropas, que se apoderaron de los fuertes, y el veinticinco, el comisario general civil, Harmand,